

Crítica literaria

El sufrimiento de los maestros escultores

Se ha dicho que el género llamado «novela histórica» no es siempre la mejor manera de conocer la historia. Quizá sí que un conocimiento en profundidad requiere más estudio y menos novela, pero yo defiendo este género que nos acerca de manera amable al conocimiento de la historia y quizá nos invita a profundizar más en el tema expuesto.

Además, hay novelas y novelas. Unas muy superficiales y otras, como la que os comento, más documentadas.

Me ha gustado que el principio y el final se ponga en boca o en vivencias actuales, es decir, de los descubridores y estudiosos de la temática que da pie a la obra: la vida y los sufrimientos de los maestros escultores que ilustraron con su arte y su creación, monumentos tan importantes y básicos para nuestra historia particular como puede ser la Seo de Lleida, el monasterio de Poblet, la catedral de Tarragona y el Consejo de Ciento, la Catedral y el Hospital de la Santa Cruz de Barcelona.

La parte novelada se inicia en el asedio de la isla de Sicilia en el siglo XIV,

VICENÇ AGUADO

L'escultor de Déu

Editorial Gregal, 2016, 427 pág.

cuando las tropas catalanas toman como esclavos al padre de nuestro protagonista y a él mismo, a pesar de ser griegos cristianos, hecho que aparece reiteradamente a lo largo de la narración como causa de rebeldía de nuestro escultor y que, al no renunciar a ser un hombre libre, atrae sobre sí todas las maldades de una sociedad, la nuestra, que en aquellos momentos veía la esclavitud como una norma a defender. Aun no siendo bien visto que los esclavos fuesen cristianos, las leyes del momento no se oponían a ello como les decía la propia ley de Dios que profesaban.

En la lectura recorreréis toda Cataluña y el autor nos la muestra cómo tenía que ser en aquellos siglos de grandes luchas entre la nobleza, que se repartían los terrenos y la gente que

vivía como si fuesen, y así se lo creían, propiedades suyas de las que poder disponer sin ningún miramiento.

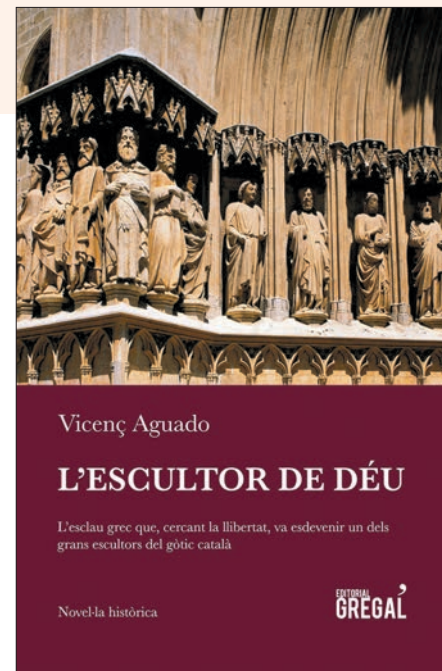
Encontraréis también lo duro que era vivir en una ciudad como Barcelona, que ya maravillaba por su crecimiento, sus construcciones, pero donde la población tenía una vida difícil, poco instruida y atemorizada por quienes mandaban. Explosiones de acoso a grupos concretos, como los judíos que vivieron y vieron la destrucción del call y la muerte salvaje a manos de la chusma dirigida por mala gente interesada y otras maldades que hoy nos parece imposible que hayan sucedido en nuestra Ciudad Condal.

Si queréis conocer un poco mejor nuestra historia, lo podéis hacer disfrutando de esta novela histórica.

Pere Fàbregues

Librero

pere.fabregues@yahoo.es



Crítica teatral

Las verdades hacen perder las amistades

«L'ÀNEC SALVATGE»,

de Henrik Ibsen

INTÉRPRETES: Andreu Benito, Ivan Benet, Jordi Bosch, Laura Conejero, Pablo Derqui, Miranda Gas, Jordi Llovet, Lluís Marco y Elena Tarrats

MÚSICO: Carles Pedragosa

DIRECCIÓN: Julio Manrique Sala Fabià Puigserver, Teatre Lliure de Montjuïc, Barcelona. Hasta el 9 de abril.

Hay un pato y hay un perro. El perro ha herido al pato. Hay idealismo, fiebre de justicia, escepticismo y supervivencia. Hay dignidad y venganza. Hay poder absoluto y sumisión impotente. Todo esto es lo que hay en esta obra que mezcla el simbolismo con el realismo moderno de Henrik Ibsen (Skien, 1828 - Oslo, 1906).

Pero hay, sobre todo, una versión catalana de una evidente brillantez que empieza con una adaptación a seis manos (Marc Artigau, Cristina Genebat, Julio Manrique) de una obra sin demasiados precedentes aquí, que continúa con una interpretación coral de gran solidez.

El pato es el máximo símbolo de este drama. Un pato herido que convive con gallinas y conejos de corral en el sótano de la casa y estudio fotográfico de Hialmar donde terminan convergiendo los

© Ros Ribas



Pablo Derqui, Laura Conejero, Elena Tarrats, Ivan Benet y Jordi Bosch en una escena de la obra «L'ÀneC salvatge», de Henrik Ibsen, en el Teatre Lliure de Montjuïc.

personajes. Pero por encima de esta granja doméstica, ausente escenográficamente bajo una trampilla que se abre y se cierra, se esconde la mentira —«mentira vital», dice el doctor Relling— guardada celosamente durante quince años y a punto de estallar cuando llega Gregor, el hijo del poderoso Werle, el hijo que encarna la verdad, ni que las verdades, como asegura el dicho, hagan perder las amistades.

A pesar de que la obra es de 1884, la adaptación la sitúa en un tiempo contemporáneo. El director, Julio Manrique, ha conducido con pulso firme el paso del planteamiento de la pri-

mera parte —una hora y treinta, más entreacto y una hora final— hacia la tragedia de la segunda parte. Desde la conversación entre Werle y Gregor, padre e hijo (Andreu Benito y Pablo Derqui) se entrevé que no habrá nada que haga tambalear la puesta en escena. El actor Pablo Derqui hace mover al personaje de Gregor como un alma en pena entre la ingenuidad y la intención malévolamente que lo tergiversará todo. No se le escapa ningún momento de intensidad, ni la conversación con el amigo Hialmar, ni el encuentro con su hija Hedvige, ni el encontronazo con su esposa Gina...

La actriz Laura Conejero lleva el papel de Gina desde la felicidad familiar hasta el intento de salvación del barco doméstico que se hunde. Una Gina que dentro de la modestia mantiene la dignidad hasta el último momento. Es, de todos los personajes, el que más trajina por casa y el que más tiene que remover utensilios de cocina, cortinajes y mobiliario. Ama de casa cien por cien. Por eso tiene más mérito aún que mantenga su papel en un nivel tan alto, a pesar de un absurdo accidente sufrido en una función, siete días después del estreno, que la obliga a actuar con el brazo izquierdo en cabestrillo, a causa de un dedo roto al accionar la trampilla del sótano de la escenografía.

La obra transcurre desde el primer acto glamuroso, en medio de una escenografía de jardín invernal caducifóleo, escenográficamente seco, que desaparecerá rápidamente para dejar paso a un espacio limpio, hasta la casa del estudio fotográfico de Hialmar y, a través de una galería de vidrios transparentes, mantiene siempre la sensación de la frialdad del exterior, con la nieve que cae, con el vacío de la oscuridad donde el secreto estalla, con el más allá cuando la tragedia ha caído de pleno sobre los Hialmar. Como en todo drama de intriga, y más aún tratándose de Henrik Ibsen, hay un disparo. Y los espectadores deberán descubrir finalmente quién, de entre todos, es de verdad el auténtico pato salvaje.

Andreu Sotorra

Escritor y periodista

andreusotorra@gmail.com

